

Nacho Abad

El candidato

la esfera  de los libros

Hola, me llamo Silvia. Ahora mismo tengo justo enfrente una cámara de cine. Alguno deducirá que soy actriz, pero no os llevéis a engaño, me dedico a una profesión con mucho menos glamur. Cuento noticias.

Junto a la cámara hay un joven. Aunque me lo ha dicho, no logro recordar su nombre. Trabaja en Ópalo, una productora de televisión que crea programas de información y entretenimiento. Hace unas semanas me contactaron para proponerme participar en uno de sus proyectos y les dije que sí, que contaran conmigo. Están elaborando un *true crime*. No entiendo esa tendencia a los anglicismos, con lo bonito que es nuestro idioma, pero por si no sabes qué significa, en castellano se dice documental; este en particular es sobre un crimen.

El trabajo se lo había encargado una plataforma de pago, aunque por temas de confidencialidad no me pueden contar cuál. Supongo que se tratará de Netflix, Amazon Prime, HBO, Movistar o alguna otra. Lo poco que me pudieron explicar es que su proyecto consistía en narrar los acontecimientos que tuvieron lugar en Castellón un año atrás.

Podrían haberme entrevistado en una anodina habitación de hotel de Madrid, pero estos documentales cuidan cada de-

talle. Todo tiene un significado y un propósito. Mi testimonio lo han ambientado en una playa de Benicasim de fina arena y aguas transparentes y cálidas, incluso en primavera. Me acuerdo como si fuera ayer del pasado mes de mayo. Estaba hecha un lío, sin saber muy bien cómo avanzar en mi investigación y decidí darme un baño. No había nadie. Comencé a caminar hacia el interior del mar y, cuando me sumergí entera y el agua me envolvió, tuve una revelación. Podría decir que la clave que daba sentido a los indicios, las pistas y los testimonios que hasta entonces había reunido surgió del mar.

Los de producción han colocado un sofá verde en esa playa. Las patas se hunden un poco porque está justo en el borde. Si apoyo los pies descalzos en la arena noto el agua mojándome los dedos.

—¿Estás preparada?

Asiento con la cabeza.

—Nos gustaría que nos contases todo. Se trata de un caso apasionante, quizá el que más de la historia de nuestra democracia, hasta despertó el interés de medios de comunicación de todo el mundo.

Sonríó para no volver a asentir.

—Antes de nada, si tuvieras que empezar a relatar los acontecimientos del último año, ¿por dónde arrancarías? —me pregunta el periodista sentado junto a la cámara de cine.

—Por el vídeo, sin ninguna duda.

—¿El del hotel Luz?

—Sí, ese. En realidad son dos vídeos que forman una secuencia con un espacio vacío de veinte segundos. Arranca en la última planta del edificio, con la protagonista huyendo, desaparece de la grabación mientras baja en el ascensor porque en el interior no hay cámaras y luego se retoma la imagen cuando llega a la recepción.

—¿Podrías describirme el contenido de la secuencia completa?

—Claro, pero déjame que antes lo sitúe, por darle contexto.

—Disculpa, tienes razón.

—El vídeo fue grabado en el mes de noviembre de 2009, en Castellón, por las cámaras de seguridad del hotel Luz.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Qué se veía en las cintas?

—Se observa cómo una mujer sale de la habitación 815. Parece nerviosa, incluso agitada. Delante tiene quince metros de pasillo hasta su única vía de huida. Corre en silencio, descalza, sobre las puntas de los pies. El pasillo solo está iluminado por tenues luces de emergencia. Mientras recorre los primeros metros debe escuchar el sonido de una puerta tras de sí. Su cara denota sorpresa y pánico. Sin dejar de avanzar, gira la cabeza para comprobar si alguien la persigue, pero, aliviada, se da cuenta de que no.

—¿Al ver la imagen qué pensaste?

—En su cara se lee ansiedad y, si rebobinas una y otra vez para fijarte en los detalles, acabas descubriendo unos leves moratones que empiezan a adquirir un color violeta intenso en la mejilla izquierda, el pelo revuelto y el maquillaje corrido, como de haber llorado. Deduje lo obvio, que la joven huía de un peligro.

—Pensé lo mismo —confirma el periodista.

—Como te decía, la mujer avanza descalza, con los zapatos de tacón en una mano, las medias negras rotas, el vestido de noche, también negro, rasgado en la zona de la falda y partido uno de los tirantes, lo que hubiera dejado al descubierto uno de sus pechos si no fuera porque sujeta con fuerza el bolso contra esa zona de su cuerpo ocultando el destrozo. En ese largo pasillo no hay nadie. Solo ella y su miedo. Se me olvidó decir que son las cuatro de la mañana y el resto de huéspedes duermen.

El periodista levanta el dedo pulgar en señal de aprobación.

—El ascensor por el que quiere escapar está en el extremo contrario del pasillo, en una especie de recodo a la izquierda. Cuando llega, una lámpara se enciende y lo baña todo de claridad. Da la sensación de que la joven se encoge alarmada. Se queda quieta, escuchando. Se relaja cuando se asoma por la esquina y ve que no hay nadie. La luz corresponde a un mecanismo automatizado que ha detectado movimiento y salta, nada más. Pulsa frenéticamente el botón para llamar al ascensor. Cuando llega, se cuela dentro y aprieta el botón del *hall*. Al cerrarse las puertas debió de sentir que acariciaba la libertad.

—Yo sentí angustia cuando lo vi por primera vez —confirma el periodista de Ópalo—. No sabemos qué ocurrió dentro del ascensor, pero las cámaras de la planta baja vuelven a grabar a la joven veinte segundos después.

—Eso es. Se abren las puertas del ascensor y ella sale. Ha aprovechado para subirse en los zapatos de tacón. Quiere aparentar normalidad. Cruza la mirada con el recepcionista de noche, un hombre mayor de pelo blanco y frente surcada por las arrugas. El contacto visual apenas dura un segundo, pero él percibe que algo malo ha ocurrido. Se le nota en la expresión de la cara. Da la impresión de que quiere decir algo, pero se contiene y baja la cabeza. Supongo que en el documental contaréis por qué reacciona así.

—Sí, vamos a contarlo todo —confirma—. Creo que mañana hemos quedado con su viuda para entrevistarla, pero tú sigue, por favor.

Asiento.

—La joven camina directa hacia la salida. Junto a la entrada, una mujer que friega el suelo se gira a mirarla. ¡Qué no vería! ¡Qué no se figuraría! Porque se tapa la boca con una mano, asustada. La joven no se detiene. Sale al exterior por la puerta giratoria y tuerce a la derecha. Las cámaras exteriores

graban a un coche aparcado sobre la acera con el motor encendido y las luces apagadas. No se ven muy bien ni el modelo ni la matrícula porque a la noche todavía le quedan horas y porque la calidad de las imágenes no da para más.

—¿Por qué había un coche esperándola?

—Cuando lo vi supuse que pidió ayuda desde la habitación antes de salir y que alguien fue a buscarla. Castellón no es Madrid. Aquí todo está a mano y tardas poco en desplazarte de un extremo de la ciudad a otro.

—¿Qué pasa después?

—Poco, ya. Arrancan y se van. La primera vez que contemplé la secuencia completa recuerdo que imaginé que la mujer primero suspiraría aliviada y que luego lloraría desconsolada por lo que le había sucedido.

—No quiero que te olvides de un último detalle que se ve en las imágenes. ¿Sabes por dónde voy?

—¿Te refieres al otro coche?

—Eso es —confirma y asiente con la cabeza.

—Segundos después de que el coche desaparezca del encuadre, por el extremo izquierdo de la imagen surge otro vehículo negro. En ese momento era imposible saberlo, pero con el tiempo averiguamos que alguien había encargado que siguieran a la chica. Así comenzaría yo el relato.

—Me parece un gran arranque, la verdad. Tiene mucha fuerza y abre muchas incógnitas. ¿Quién es la mujer que huye? ¿De qué escapa? ¿Por qué corre? ¿Qué ha sucedido exactamente dentro de esa habitación? ¿Quién se ha quedado en el interior? ¿Una persona? ¿Varias? ¿Por qué nadie la persigue? ¿Quién la espera fuera en el coche? ¿Quién la sigue? Para ti debió de ser la leche vivirlo en primera línea.

—Cuando lo ves con la tranquilidad y el sosiego de la distancia, sí, pero el día a día fue duro. Hubo mucha angustia, inseguridades, miedos, dudas, pero como periodista volvería a pasar por ello mil veces.

—¿Y a nivel personal?

—El caso me regaló conocer a una mujer extraordinaria y maravillosa, a Esther. Me alegro de cada minuto que disfruté a su lado.

—Como tú, va a tener un papel fundamental.

—Se lo merece. Sin su ayuda no habría resuelto el caso.

—Cuéntame cómo os conocisteis —pide el periodista.

Noto cómo se me escapa una lágrima y recorre mi mejilla.

2

Nueve días antes de la celebración de las elecciones generales de 2019

Lázaro Arnau tensa los gemelos y pedalea con fuerza. Se inventa una competición con un coche que circula a su lado por el asfalto. En su cabeza gana él porque en una rotonda, cuando van a la par, el vehículo se desvía en otra dirección. Sigue llaneando mientras disfruta de la brisa del mar golpeándole en la cara. Le gusta competir y mantenerse en forma. A diario va desde su casa en Benicasim hasta su propio polígono industrial en bicicleta. Su cuerpo lo agradece y el medio ambiente también. Su huella ecológica en el desplazamiento suma cero, no contamina nada, salvo por el agua que gasta para limpiar el sudor del cuerpo.

El guardia que custodiaba la entrada lo ve a lo lejos. Lo reconoce al instante. Aunque va inclinado sobre el manillar, se nota que es un hombre alto, de 1,90 aproximadamente, delgado, con los músculos bien definidos pero no abultados, los hombros no se le enroscan cuando camina, todo lo contrario, siempre va erguido como un junco. Sobre su físico, el guardia poco más puede aportar, pero recuerda que su espo-

sa, después de ver algunas fotografías suyas en alguna revista de prensa rosa, sí que comentó que era «guapo a rabiarse». Y añadió: «Este tío recién levantado de la cama tras una noche de borrachera se presenta a Mister Mundo y lo gana. Lo suyo no es normal. Todas las mujeres de este país deberíamos tener un Lázaro en nuestras vidas».

Moreno de piel, también de cabellera, luce unos ojos verdes intensos, un mentón afilado que transmite seguridad y una boca generosa que hasta relajada sonríe. Un simple vistazo a su rostro genera felicidad y alegría de vivir. Nunca está solo. Siempre le rodean allá donde vaya, como si su cuerpo fuera un planeta con gravedad que atrajera a todos los que hay alrededor, quizá porque siempre exhibe una conversación inteligente, culta y divertida. Arnau es un hombre de éxito. En Castellón no hay nadie que pueda compararse con él, ni siquiera los famosos hermanos Colonques, Héctor y Manuel, los dueños de la conocida Porcelanosa. Lázaro les dobla en facturación. Preside y dirige la mayor multinacional privada de reciclaje y recuperación de residuos de Europa. Ha convertido la basura en millones. Se la mandan principalmente de España, pero también de Francia, Portugal, Italia, Turquía y Alemania.

Su trabajo llama la atención a un periodista que le entrevista para la edición dominical de *El Continente*, un diario de tirada nacional. Doble página. «El rey de la basura», lo titula. La fotografía que ilustra el texto parece más la de un modelo publicitario que la del presidente de un potente grupo empresarial. Lázaro habla de la labor que desarrollan en su empresa, pero también sobre el cambio climático, la necesidad de reciclar y alerta del riesgo que corre el planeta si no cuidamos el medio ambiente. Aboga por el compromiso individual con pequeños gestos diarios y también por educar a los más pequeños en el reciclaje y en el respeto al entorno. Critica la inacción de los políticos. Repasa las más recientes cumbres

del clima y concluye que todas han fracasado, incluida la última que se celebró en Madrid. Acusa a los gobernantes de tener miedo a aplicar medidas severas para proteger el mundo. Asegura que, si dirigiese el país, él tomaría medidas drásticas, como obligar a los grandes empresarios a frenar los gases de efecto invernadero o los vertidos contaminantes, por poner algún ejemplo.

Cualquiera que lea la entrevista no puede más que darle la razón. Se nota que sabe de qué habla y dice cosas con enorme sensatez.

La doble página gusta mucho y, en el *ranking* de noticias más leídas de la web, la entrevista se alza con el primer puesto. Tiene tanta repercusión que otros medios se interesan por hablar con él. El salto del papel a la televisión llega poco después. Lázaro se adapta al medio con sorprendente facilidad, como si estar entre cámaras fuese su entorno natural. Se expresa con un estilo didáctico, positivo y directo, sin crispación. La sonrisa no falta nunca.

La televisión dispara su popularidad y su mensaje ecologista comienza a calar en la población general. No varía mucho de lo que cuenta en prensa. Insiste en la importancia de reciclar, en el regalo que hacemos al planeta al separar la basura en contenedores de colores, la necesidad de teñir de verde la política y, de forma inexplicable, el público se postra a sus pies. Los medios, a su vez, comprueban cómo cuando lo entrevistaban sus índices de audiencia se disparaban y Lázaro se convierte en la nueva estrella de los platós. Su popularidad crece tanto y tan rápido que hasta la prensa rosa comienza a arañar en su vida.

En ese contexto, Lázaro recibe la llamada de un partido de reciente creación llamado BrotesVerdes. Tradicionalmente, los verdes en España han formado grupos residuales incapaces de influir en la política española, atomizados en propuestas de siglas imposibles. Por primera vez en la historia de

la democracia habían decidido aunar esfuerzos y presentarse bajo una misma marca. Fue un proceso arduo porque había que conjugar numerosos intereses y egos, pero milagrosamente lo consiguieron. Una vez constituido Brotes Verdes, ven en Lázaro el trampolín que puede darles el salto de calidad que les permita entrar en el Congreso de los Diputados. Se reúnen con él y le piden que lidere la formación. A Lázaro siempre le han seducido los retos. Acepta, pero pone sus condiciones y no son pocas.

Desde que lo eligen cabeza del partido, los periodistas lo persiguen allí adonde va, aunque él, usando todo tipo de tácticas de despiste, logra mantener en secreto su lugar de residencia, un chalé anónimo, lleno de verde y altas vallas en Benicasim, en los alrededores de la plaza del Trenet. En la zona hay otras muchas villas protegidas de miradas indiscretas por muros de gran tamaño.

Hay quien señala que su imponente atractivo físico y su magnetismo constituyen las únicas razones de su rutilante popularidad. Algunos comentaristas políticos lo comparan con Felipe González y recuerdan que muchas mujeres se enamoraron del expresidente en los años de la transición, con aquel flequillo, los labios gruesos y las zamarras de cuero: «Es el mismo fenómeno social», apuntan. Otros argumentan que, al tratarse de un empresario de éxito, posee experiencia y capacidad de gestión, lo que resulta imprescindible para dirigir el país. También destacan la coherencia que hay entre sus actos y sus palabras: acude a la fábrica en bicicleta, a los empleados que viven en las inmediaciones les prohíbe llevar coche y les anima a hacer deporte. Incluso les facilita bicicletas eléctricas de forma gratuita. Su empresa exhibe estudios médicos que ponen de manifiesto una disminución generalizada del peso de sus trabajadores, pero además en las entrevistas estos reconocen ser más positivos, felices, lo que revierte favorablemente en su rendimiento diario y, por tan-

to, en las cuentas anuales. Para los que residen más lejos organiza servicios de recogida de autobuses ecológicos que logran cero por ciento de emisión de dióxido de carbono a la atmósfera.

Lázaro también modifica los conceptos arquitectónicos tradicionales para convertir los edificios en ecointeligentes. Él siempre ponía de ejemplo los enormes jardines que había plantado sobre los techos de los principales edificios de su polígono, con zona de huerta. Este diseño funcionaba como aislante y permitía que en verano la temperatura disminuyera varios grados, lo que reducía sensiblemente el consumo de aire acondicionado. Por el contrario, en invierno mantenía el calor, lo que también suponía no solo un ahorro en calefacción, sino además una enorme minoración del daño ambiental.

En el gremio periodístico se rumoreaba que estaba desarrollando una nueva tecnología que permitía acumular enormes cantidades de electricidad en dispositivos de tamaño de un llavero y que las pruebas que había realizado con dos espectaculares paneles solares, que se desplegaban desde el edificio como brazos en cuanto salía el sol, en principio, habían sido un éxito; pero nadie sabe a ciencia cierta si es verdad. Lo que sí logra es que le otorguen el contrato de fabricación de una flota de camiones eléctricos que recojan la basura de toda la Comunidad Valenciana.

Sea como fuere, Lázaro Arnau brilla en el firmamento de la política con fuerza.

Como cada mañana, Lázaro coge su bicicleta dispuesto a acudir a su empresa. Está ubicada a unos kilómetros de su domicilio, en la zona conocida como la Torre del Barón, que cuenta con más de dos millones de metros cuadrados. En el año 2000 algunos empresarios castellonenses planearon cons-

truir en esos mismos terrenos Benicasim Golf, un complejo cuyo reclamo era un espectacular campo de dieciocho hoyos para la práctica del deporte, que venía acompañado de tres mil viviendas y tres hoteles de cuatro y cinco estrellas. Una muestra más de los pelotazos urbanísticos que se practicaban por aquella época. El proyecto quebró y Lázaro aprovechó la crisis para negociar con los bancos y adquirir la superficie por un precio sensiblemente inferior a su valor de mercado. Allí instaló su creciente polígono industrial.

Esa mañana, una multitud de reporteros y fotógrafos aguardan en la entrada de la empresa. Le ven a lo lejos, pedalearlo con gran ritmo. Esperan a que llegue a la entrada. Saben que forzosamente tiene que disminuir la velocidad, momento que aprovechan para abordarle. En cuanto frena, se abalanzan sobre él.

—Hoy se publica el CIS sobre intención de voto para las elecciones generales de dentro de unos días, ¿cree que su partido alcanzará representación parlamentaria? —Destaca una voz por encima de las demás.

Lázaro se toma su tiempo. Baja de la bicicleta y se quita el casco.

—Buenos días, señores —saluda con una sonrisa y la frente perlada de sudor—. Muchos creemos que Tezanos cocina los datos para favorecer las expectativas del Gobierno saliente de Pedro Sánchez. Ya saben, vende éxito y lograrás éxito. Yo solo le pido que cuando termine de cocinar arroje los envases de plástico dentro del contenedor amarillo y los orgánicos en el marrón, que en mi empresa estaremos encantados de reciclarlos. Y si la encuesta nos concede pocos apoyos, también la reciclamos.

Los periodistas ríen.

—Gracias a todos por venir —se despide, antes de volver a montar en la bicicleta y entrar en sus dominios. Al fondo, en el edificio principal, dos enormes brazos llenos de pane-

les solares comienzan a desplegarse para recoger los primeros rayos y convertir su luz en electricidad.

Otra de las cosas que hace a Lázaro único es su humildad y cercanía. No marca distancias sociales, al revés, le gusta mezclarse con su equipo y se relaciona con ellos sin complejos. La idea de una gran familia comienza en el desayuno. Lo comparte con todos sus trabajadores. Cuando construyó el polígono industrial diseñó un gran comedor y a primera hora se juntan bajo su techo desde el presidente del grupo, él, hasta los operarios. Se trata de un lugar agradable y cómodo, decorado con plantas y luces de bajo consumo. La comida proviene de agricultura (alguna del propio tejado) y ganadería ecológica: la leche, los cereales de avena y espelta, la fruta, el aceite y el pan de masa madre, que se puede tostar en una máquina alimentada por la electricidad recogida con los primeros rayos del día. Todo se consume a granel, evitando los envases. La leche se acumula dentro de un enorme recipiente refrigerado y desde ahí, a través de un grifo, se sirve directamente en las tazas. Los copos de avena y espelta los guardan en un gran surtidor colgado de la pared. Si te quieres servir, solo tienes que girar la manivela y caen directamente al cuenco.

—Presi, hoy sale el CIS —se atreve a comentarle una de las limpiadoras.

—Cierto, Lorena —responde él con naturalidad. Tiene una memoria privilegiada y conoce el nombre de todos sus empleados.

—Solo quiero desearle mucha suerte. Cuenta con mi voto, también con el de toda mi familia y con el de mis vecinos. —Suena a promesa que nace desde el fondo del corazón—. Ya me he encargado de ir convenciéndolos uno a uno. Alguno se resistía, pero le he explicado que ha llegado el mo-

mento de darle la oportunidad a un partido nuevo para ver si hace cosas diferentes.

Lorena siente devoción por Lázaro y haría cualquier cosa que le hubiera pedido.

—Muchísimas gracias. —Le coge de la mano con cariño—. Pero te he dicho que no me llames de usted —le riñe divertido.

—Como quieras, presi —balbucea azorada. Los carrillos se le han enrojecido súbitamente—. Cualquier otra cosa que pueda hacer por usted... por ti —se corrige—, solo tienes que pedirlo.

Al ver que Lorena ha abierto la veda, uno tras otro se aproximan para darle ánimos y prometerle su voto. Lázaro los atiende a todos de buen talante, aunque al final tanto buen deseo le impide desayunar algo sólido y se tiene que conformar con un café templado.

Cuando logra escapar del comedor, se encierra en el despacho. Necesita un poco de sosiego. Nadie le ha notado nada, pero está alterado. No logra pensar en otra cosa que no sean los resultados de la encuesta de intención de voto. Si el CIS no le da entrada parlamentaria, aunque sea con un simple escaño, se trataría de un fracaso. Lloverían las críticas. La prensa, igual que le había encumbrado, le crucificaría, le llamarían el gran fracaso. Explicarían que tradicionalmente en España los partidos verdes o ecologistas jamás han tenido el respaldo de la población y que ni siquiera Lázaro iba a cambiar esa tendencia. Pero si el CIS al menos le otorgara un diputado, un simple representante, entonces por primera vez en la democracia los verdes entrarían en el Congreso de los Diputados.

Enciende la televisión. Los resultados están a punto de anunciarse. Quedan apenas unos minutos. Se sienta a escuchar a los periodistas hablar de previsiones y estrategias políticas.

—El 1 de junio de 2018 Pedro Sánchez desalojó, vía moción de censura, a Mariano Rajoy de la Moncloa y ocupó su lugar. Desde entonces, la gobernabilidad de España no ha dejado de tambalearse —comenta uno.

—Al principio generó mucha ilusión —le da la réplica otro contertulio—. Su mejor campaña de *marketing* fue cambiar la tradicional forma de elegir a los ministros. Acordados, muchos de ellos independientes que nada tenían que ver con las estructuras del poder del partido. A mis ojos, aquello fue una jugada maestra porque logró deslumbrar a su electorado.

—Duró lo que aguanta un titular —le rebate otro—. Su gobierno se agotó enseguida, el más corto de la democracia.

—Con ochenta y cinco diputados poco se podía hacer salvo sobrevivir. Aguantó apenas nueve meses en el poder y convocó elecciones generales.

—Es cierto —reconoce el otro.

—La independencia de Cataluña marcaba la agenda. Fue una campaña de extremos, de falta de diálogo y de «frentismo».

Era cierto, piensa Lázaro. Los debates fueron agrios, feos, broncos, de poca altura política y con nula preocupación por la ecología. El Gobierno que salió de las urnas reforzó al PSOE y hundió al PP con su peor resultado histórico. Perdió millones de votos en favor de Ciudadanos y Vox. Tras meses de negociaciones, Pedro Sánchez, sin los apoyos necesarios para ser elegido presidente, se vio obligado a convocar nuevas elecciones generales.

Y en ese punto de la historia estábamos.

El móvil le vibra en el pantalón. *Número oculto*, lee en la pantalla.

—¿Sí?

—Hola, ¿Lázaro Arnau?

—El mismo.

—Le llamo de la Moncloa; un momento, por favor, le paso con el señor Aguja.

¿Moncloa?, ¿Aguja?, ¿qué Aguja?, se pregunta sorprendido Lázaro, pero no le da tiempo a más, porque una voz resuelta comienza a hablarle.

—Lázaro, hola. Soy Juan Aguja, una de las manos derechas del presidente. Aunque parezca mentira, tiene varias —dice y se ríe de su propio chiste—. Encantado de saludarte.

—Lo mismo digo, señor Aguja.

—Tutéame, por favor.

—Como quieras.

—Solo llamaba para decirte que el presidente y todos nosotros estamos muy preocupados por el medio ambiente, y que desde el Gobierno queremos convertir la lucha contra el cambio climático en uno de los ejes principales para la nueva legislatura. Hay mucho que hacer en ese aspecto. Ya hemos tomado algunas iniciativas, pero está claro que el cambio ha de ser mucho más atrevido y radical. Ya sabes, no queremos medio ambiente, lo queremos entero. Quizá, tras las elecciones, nuestros dos partidos puedan colaborar activamente. ¿Qué te parece?

—Estaría encantado y agradezco mucho tu llamada. Creo que no hay mejor inversión presente y futura que cuidar de nuestro planeta. Es nuestra obligación.

—Eso mismo le repito a Pedro todos los días —le corta el Aguja—. Si te parece, podríamos vernos con el presi la próxima semana aquí, en la Moncloa. Le diré a mi secretaria que hable con la tuya y cierre fecha y hora para una cita.

—Perfecto.

—Nos vemos, entonces. Un saludo, Lázaro.

Le cuelga antes de que pueda despedirse.

¿A qué viene una llamada, así, de repente?, se pregunta Lázaro.

En la pantalla, Antonio García Ferreras, presentador de *Al rojo vivo*, levanta los brazos. El gesto llama la atención de Lázaro, que desconecta de sus pensamientos y sube el volumen de la tele.

—Tenemos resultados del CIS, y atención —hace una breve pausa dramática—, hay grandes novedades. El PSOE ganaría las elecciones, con más apoyos que en los pasados comicios, pero no alcanzaría la deseada mayoría absoluta; el Partido Popular obtendría el segundo puesto. Pero, sin duda, el titular a esta hora es la espectacular irrupción del partido Brotes Verdes en el Parlamento: sesenta diputados, muy por encima de Podemos, Ciudadanos y Vox. El partido ecologista de Lázaro Arnau se convierte en la tercera fuerza política de este país. Se trata de un giro absoluto, radical. Es un dibujo del Parlamento nunca visto en la historia de nuestra democracia. Primera reacción —pide, señalando a Antonio Miguel Carmona, antiguo candidato de los socialistas al Ayuntamiento de Madrid.

—Triunfo del PSOE. Una vez más, volveríamos a ganar. Se percibe que la opinión pública quiere a Pedro Sánchez de presidente. Lo han dicho una y otra vez. Personalmente, creo que los resultados se quedan cortos y que el día de las elecciones sumaremos muchos más diputados. Lo único que pido es que esta vez nos dejen formar gobierno.

—Un segundo, Antonio Miguel, porque el «pactómetro» de La Sexta desvela que el PSOE solo necesitaría el apoyo de Brotes Verdes para conseguir la mayoría absoluta. Pedro Sánchez evitaría así negociar con Pablo Iglesias. Atención, que la noticia es de extraordinario calado, porque el partido de Lázaro se puede convertir en la llave que permita gobernar al PSOE.

Lázaro nota cómo un extraordinario calor le inunda la cabeza. Se levanta del asiento como impulsado por un resorte y comienza a gritar de alegría, vaciándose entero.

—¡¡¡¡¡Sííííí!!!! ¡¡¡¡¡Sííííí!!!!

Desborda felicidad. Quiere seguir escuchando lo que dicen en el programa, pero el teléfono empieza a vibrar y ya no para nunca. Lázaro enlaza una llamada tras otra sin pausa. Los compañeros de partido, su padre, los amigos, periodistas... Todos le quieren felicitar. El buzón de voz le alerta sin cesar de que le están dejando recados, el WhatsApp inunda la pantalla con decenas de avisos de mensaje y las redes sociales también le advierten de que sus seguidores están aumentando a velocidad de vértigo. Por primera vez en su vida, se siente incapaz de responder a la demanda de atención sobre su persona.

A las puertas de su despacho comienza a congregarse espontáneamente una pequeña multitud de trabajadores. Un aplauso fuerte y prolongado llena la planta. Lázaro cuelga la última llamada y sale a devolver la gratitud de sus empleados.

El día se prolonga durante más horas de las que quiere recordar. Cuando por la noche consigue quedarse solo en casa, opta por descansar y no ver la televisión. Apaga el móvil, en el que todavía siguen entrando mensajes. Le gusta el sonido del silencio. Decide que hasta que lleguen las elecciones desconectará el teléfono cada noche. Necesita respirar. Con esa idea en la cabeza se queda dormido por agotamiento.